

Octava de Pascua – Miércoles – Ciclo A - 2008

“Cuando partió el pan lo reconocieron” (cfr. Lc 24, 13-35). En el episodio de Jesús con los discípulos de Emaús, hay un elemento que se destaca y es el de la ignorancia con relación a la Persona de Jesús, ignorancia que finaliza con un gesto de Jesús: el partir el pan.

Mientras los discípulos caminan y conversan con Jesús, lo hacen como si fuera un extraño, ya que no lo reconocen. Hablan con Él y Jesús a su vez les explica las Escrituras, pero no caen en la cuenta de que Aquel extraño es Jesús en Persona, de quien hablan las Escrituras. El mismo evangelio lo dice: “Algo impedía que reconocieran a Jesús”. Sabemos que ese “algo” es la profundidad e inescrutabilidad del misterio pascual del Hombre-Dios, misterio sobrenatural absoluto, que por originarse en el seno mismo de Dios Trino, es absolutamente inaccesible a la mente creatural.

Sin embargo, hacia el final del pasaje, hay un momento en el que los discípulos lo reconocen, y es el momento en el que Jesús parte el pan: “Partió el pan y se lo dio, y lo reconocieron en el acto”. Si la razón por la cual desconocen a Jesús es la insondabilidad del misterio, la clave entonces para reconocerlo se encuentra en este gesto de Jesús de partir el pan.

Si lo interpretamos desde un punto de vista racionalista, o puramente humano, filantrópico, podríamos decir que lo reconocen a Jesús porque Jesús había predicado precisamente el amor fraterno; entonces, cuando este extranjero hace el gesto de partir el pan para compartirlo, está realizando ese gesto de fraternidad universal por Él predicado, y como es ejemplo de lo predicado, trae a la memoria de los discípulos lo que Jesús había enseñado, y por eso lo reconocen: “Predicó sobre la fraternidad, hace un gesto fraterno, es entonces el mismo que predicó”, podría ser el razonamiento de los discípulos de Emaús.

Sin embargo, esta interpretación sería reduccionista del misterio y dejaría en la nada la grandeza absoluta del Hombre-Dios Jesucristo.

El gesto de partir el pan es algo inmensa e incomprensiblemente más grande que el simplemente compartir entre hermanos lo que se tiene. El gesto es un gesto sacramental y como todo gesto sacramental, lleva unido en sí mismo, de modo insoluble, lo divino y lo humano. Lo sacramental, más bien, el sacramento, obra como una fuente de apertura de lo divino hacia el mundo de los hombres: por medio del sacramento se comunica la gracia divina a los hombres.

El sacramento es fuente de gracia, de efusión del Espíritu que ilumina las mentes y los corazones para que puedan las almas precisamente no solo penetrar en el misterio insondable del Hombre-Dios en su misterio pascual, sino ser partícipes activos del mismo. El partir el pan no es un mero gesto fraterno, sino el momento en el que el Espíritu Santo resplandece e ilumina con su luz eterna las mentes y los corazones.

Del pasaje evangélico se destaca el amor de los discípulos de Emaús a Jesús, aun antes de haberlo recibido por la comunión sacramental, amor que se manifiesta en el ardor que experimentan en sus corazones: “¿No ardían nuestros corazones cuando hablábamos con Él?” Cuánto más arderían sus corazones al recibir el Pan eucarístico, aún cuando ya no lo vean, ya que Jesús desaparece de la vista de sus ojos corporales cuando les da la comunión.

“¿No ardían nuestros corazones cuando hablábamos con Él?”, se preguntan los discípulos de Emaús, dándose cuenta de que ese ardor es producido por la Presencia del Espíritu Santo en ellos, comunicado por Jesús.

“¿Cómo se encuentran nuestros corazones al recibir a Jesús en Persona, por la comunión?”, deberíamos preguntarnos. Si se encuentran fríos e indiferentes, es señal de que nos sucede lo que a los discípulos antes de recibir al Espíritu Santo: algo nos impide que nuestros ojos lo reconozcan en el sacramento del altar.

Padre Álvaro Sánchez Rueda